

XXII

El Correo.—Los muelles.—South Street.—Varias calles.
Viajes aéreos.

UNO de los monumentos que disputan ventajosamente la atención del viajero, es el Correo (*Post Office*).—El edificio ocupa una manzana entera, acomodándonos á la manera mexicana de hablar, formando un ángulo imperfecto de 130 piés de altura, 200 la base y de 320-340 los lados.

En los frentes hay portadas caprichosas, cornisas, ventanas y columnas, rematando en bóvedas de cristales y en rotondas como colinas. Especial arquitectura americana.

Es una mole inmensa como una espaciosa catedral, cuyo costo puede calcularse, según los datos que personalmente solicité, sobre seis millones de pesos.

Entrase al Correo por multitud de arcos formados como

caprichosa portalería en el primer piso del edificio colosal, convirtiendo en corridos salones el interior, con pavimento de cuadros de mármol blancos y azules.

La pared que cierra esos salones ó calles interiores, es como una hoja de latón labrado y como subdividido en pequeños cuadros, que todos tienen su número hasta el siete mil. Cada uno de esos pequeños cuadros es un cajón que tiene su chapa especial, pertenece á un apartado hasta el número dicho, aproximadamente.

Interrumpen la monotonía de la pared de metal, cuadros ó frentes de nicho embutidos en caoba, con letreros que indican—*venta de estampas*, despachos para el *interior y el exterior* de los Estados-Unidos, para el *interior de la ciudad*, *reclamos*, *advertencias*, entrada y salida de balijas y todo lo conducente al despacho.

En el mismo orden hay buzones inscrustados en aquella pared de latón, que cierran por sí mismos su tapa fija, con sus rubros para que el propio interesado dé á sus cartas dirección.

El conjunto del despacho forma un muro por donde no se percibe nada absolutamente del interior de la oficina, ni un dependiente, ni nada.

Los que han alquilado un *Box* ó cajita de apartado reciben una llave, y á la hora que les parece abren ó cierran su caja y recogen su correspondencia. El apartado vale para una ó muchas personas, de seis á doce pesos anuales.

Por supuesto cada llave es distinta, y el herrero que las forja tiene contrata especial, para no hacerlas sino por orden expresa del administrador.

El día de mi visita al Correo, ascendí al primer piso en

busca del administrador, que tiene dos lugares de residencia: el despacho y el gabinete de trabajo.

Mr. Jaques me recibió afablemente, tocó un resorte y vino un dependiente que conoce perfectamente el español, para que me pasara por los departamentos de aquella escondida población.

El Correo, en la sección primera que ví, funge como banco, recibiendo y situando dinero en todas las ciudades del mundo: la actividad de esa sección es grande, tanto que para obvio de mandaderos y trámites, hay una maquina movida por vapor, de la que corre una banda, á los distintos departamentos y mesas que tienen que ver con la sección, que conduce los papeles, para que se hagan las anotaciones respectivas.

Contigua á ese departamento está la caja ó expendio por mayor de sellos.

Los sellos se imprimen por contrata especial en Massachusetts y se reciben de la administración general situada en Washington.

Las series de sellos son de uno á noventa centavos, y en cada una de las divisiones de uno, de cinco, seis, diez centavos, etc., etc., hay una estampa distinta de un hombre ilustre: Washington, Clay, Webster, Lincoln, Jefferson, etc., etc.

Hay cubiertas y fajas para circulares y periódicos, que pagan dos centavos por cada cuatro onzas, para cualquier punto del país. Las cartas comunes cuestan tres centavos para el interior de los Estados-Unidos.

La contabilidad es perfecta, y este departamento, como los otros, tiene poca diferencia en sus reglas de lo que tuve

la honra de establecer en México cuando plantée el franqueo previo.

Hay un departamento especial para certificados; con los asientos y constancia al interesado como en México, con la diferencia de que cada carta ó paquete certificado va en una cubierta especial de pergamino, sobre cuya cubierta se anotan los accidentes del tránsito para que quede viva la responsabilidad del que falte. En la bolsa se devuelve el recibo ó vuelve la propia carta, caso de que no pueda llegar á su título.

Tambien en las cubiertas que se expenden para cartas no certificadas, hay impresa una advertencia para que si dentro de diez días no se ocurre por ellas, se devuelvan al punto de partida: medida de fácil ejecucion muy útil para el público.

En general, las cartas sobrantes vuelven de tiempo en tiempo á las oficinas centrales, donde se inutilizan con las formalidades que en México. En esa operacion lucra mucho el Correo, porque siendo la moneda papel, se incluyen en las cartas valores que quedan á beneficio del Correo.

Las diversas secciones que manejan caudales llevan su contabilidad separada; pero esa contabilidad se concentra y recibe una especie de glosa, mes por mes, en una oficina que preside un *auditor* ó sobrevigilante de la legalidad de todos los actos de la oficina.

Descendimos del primer piso y nos hallamos bajo una inmensa techumbre de fierro y cristales, que comunica luz al edificio y le da una extraordinaria grandiosidad.

Desde los corredores intermedios se ve aquella ciudad en miniatura, formada de mesas larguísimas coronadas de elevados estantes, todos con sus divisiones alfabéticas.

Colocados en un buen punto de vista, me dijo mi *cicerone*:

—Vea vd. aquel timbre colosal y bajo de él un cuadro de cristales.

Luego que llega una balija, sea de dia ó de noche, suena ese timbre y aparece un número en el tablero. El timbre es la voz de alerta, el tablero indica la procedencia del correo que llega.

Se recibe la correspondencia y se distribuye en aquellas grandes mesas y aquellos estantes destinados con separacion al público, á las cajas del apartado, á los carteros y á las carreras foráneas.

Ya está vd. viendo desde aquí, de trecho en trecho, unos estantes hechos de cajoncitos que giran como una gran devanadera: ahí se colocan las cartas del público. Las cartas del apartado se conducen á sus cajas desde aquellas mesas.

En cuanto á esas otras grandes mesas con estantes, son de los carteros que por sí hacen su distribucion, y entran y salen á su departamento dos y tres veces al dia.

Las cartas foráneas tienen aquel departamento separado.

La correspondencia que sale está sujeta á las siguientes operaciones.

Detrás de cada uno de los buzones marcados en el exterior, hay una cajita portátil en que se reciben las cartas distribuidas por los interesados.

Al recogerse para inutilizar la estampa con el sello negro, se revisan y vacían sus balijas, recogéndolas el que les da direccion.

Las balijas están suspendidas con ganchos á las paredes de alambre que rodean cada seccion.

Bajamos de nuestro corredor, anduvimos por aquellas calles formadas de mesas y estantes, en que no se ve una carta que no esté encarrilada á su destino, y nos detuvimos frente á un pozo que da á un departamento subterráneo.

Ese departamento tiene grandes paredes en semicírculo, con cajones con grandes letras.

Por delante, el cajon tiene su marca; por la espalda, es un chiflon que da á una balija.

Ese es el departamento de los periódicos. Se reciben en la parte superior, se desbarrancan por el pozo y allí se apoderan de ellos los distribuidores, con tal tino, con tal destreza, que lanzándolos á grande altura y en todas direcciones hasta anublar el espacio y perturbar la vista, no hay una equivocacion ni falta en correr á la balija el paquete.

Sentí que se me hundía el suelo: es, me dijo mi *cicerone*, que vamos á ver las máquinas.

Hicimos en este último piso una excursion entre grandes pilares y paredes de cinco y seis varas, en medio de las sombras y oyendo la respiracion de las máquinas, como si estuviéramos en un antro de fieras.

Aquellas grandes máquinas son los esclavos del servicio, y tienen por principal tarea estar unidas á esos ómnibus aéreos que se llaman elevadores.

Ese tránsito de arriba abajo y de abajo arriba, esas calles verticales en el espacio, solo á un yankee ocurren.

—Oiga vd., por más que veo esos robustos cables, decia yo á mi amigo, á mí siempre se me escarapela el cuerpo. Un sopapo desde las inmensas alturas que recorre el ómnibus, es tremendo.

—Por supuesto, me decia mi amigo; hace años cayeron

tres criados de un hotel, con todo y elevador, y se hicieron añicos; pero no volverá á suceder.

—¿Cómo?

—Porque ahora los cordeles están adheridos á unos resortes; caso que los cables se rompieran, los resortes se abren y dejan suspendido el elevador; de suerte que el mayor mal que le puede suceder, es repetir el milagro del albañil de San Vicente Ferrer, es decir, quedarse en el aire, y ni eso, porque se queda vd. en un buen asiento de terciopelo, con su alfombra, y si gusta, viéndose al espejo.

El hombre que acompaña á vd. en el elevador, lleva la mano en el cordel que gobierna la válvula, y detiene ó acelera el paso segun conviene.

Con esas seguridades, volvimos al mundo despues del paseo subterráneo.

La oficina de correos tiene en todo 1,600 empleados, inclusives 300 carteros.

Se reparten al dia, por término medio, 300,000 cartas del país y 30,000 del extranjero; solo de la ciudad se reparten 120,000 cartas.

El despacho de correos está abierto desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche.

En todas las calles, y de trecho en trecho, hay cajitas de fierro adheridas á las columnas de los faroles, en que se puede echar la correspondencia y de donde la recogen tres veces al dia los carteros.

Los empleados de correspondencia y contabilidad no tienen que ver ni rolan con los empleados del despacho. Estos se dividen en tandas para el trabajo, fungiendo las tandas de seis de la mañana á cuatro de la tarde; de esa